Sta. Stella Sánchez

Tomo 6

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 13

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1923 LUNES 2 DE JULIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA



(Dibujo a la pluma de JUAN CARLOS HUERGO)

Caperucita Roja

(Fantasía escénica)

Primera parte

Epoca remota. Cocina amplia y antigua. En el hogar, bajo la gran campana negra, el fuego de encina, alegre y chispeante. De las obscuras vigas cuelgan embutidos, quesos de cabra, mazos de hierbas medicinales y ollitas de barro con miel. Al fondo, frente a la escena, ventana de vidriera corrediza, a través de cuyos vidrios humorosos se perfilan árboles blancos y desnudos.

CAPERUCITA.—*(Asomada a la ventana, sobre un banco, hablando con alguien)*. ¡Sí, me imagino, pobrecito, el hambre que tendrás! Claro: estando el campo y el bosque cubiertos de nieve, hasta las hierbecitas se hallarán tapadas... ¿Ni siquiera bellotas? ¿Tampoco raposas? Sube: te daré bolos de cuajada y pan blanco, con manteca... No, tonto, estoy solita. Madre se fué a casa de abuela, que tiene carraspera. No viene hasta la noche. ¿Miedo? ¡Qué bobo! ¡Cómo si siendo buena una niña tuviese que sentir miedo por nada!... Sí, sí, sube. Pero, oye: *(Toma de un clavo, junto a la ventana, la llave y la*

arroja hacia afuera) ahí tienes la llave. Luego que abras apoya fuerte la pata en el picaporte, pues yo no alcanzo para alzarlo y no puedo tampoco arrimar el banco, que pesa mucho... Anda, muévete, que te vas a helar. Tienes nieve hasta en el hocico...

(Caperucita cierra la ventana, desciende del banco y corre hacia la puerta. Esta se abre lentamente y entra el lobo).

EL LOBO.—¡Qué buen calor hace aquí!

CAPERUCITA.—Arrímate al fuego. Voy a darte algo de comer. ¡Mire que no probar bocado desde anoche! .. *(Levanta con gran dificultad la tapa del arcón y por la rendija que consigue abrir saca un pan, bizcochos, miel y manteca. Toma un gran cuchillo y prepara ágilmente las rebanadas que va dando al lobo, el cual las devora con gran apetito).* Buenas ¿eh? Además, mira: toma la cuchilla, trepa sobre el arca y corta un poco de jamón. Yo, por más que me empine sobre los pies, no alcanzo. *(El lobo hace lo que la niña le ordena. Ella, recostada al fogón lo mira riendo).*

CAPERUCITA —¡Que estás flaco! Se te pueden contar las costillas. Ven, come junto al fuego. El calorcito hará que la merienda te parezca mejor. *(Le pasa cariñosamente la mano por el lomo).*

EL CORO.—*(Desde afuera).*

El pañuelo de la reina
se llevó el agua del río.
Era bordado de oro.
Yo tendré que darle el mío.
¡Ay, ay, ay!
Yo tendré que darle el mío
bordado con los cabellos
dorados de mi galán.
¡Ay, ay, ay!

EL LOBO.—Voces frescas, voces de muchachas.

CAPERUCITA.—*(A medida que el coro se acerca, ella ha ido aproximándose a la ventana).* Son las cinco «niñas de oro», las hijas del molinero, a quienes han puesto ese nombre por lo rubias. Van, quizás, a casa de su hermana mayor, la casada con el guardabosque, que anoche, bajo una col, encontró un niñito pequeño. *(Corre la vidriera).* ¡Sol, Bellorita, María Gracia, Germana, Turquesa: venid! El lobo está conmigo. Es una gran mentira eso de que come niños. Es mi amigo.

VOCES DESDE AFUERA.—¡No es posible!

—La mentira es pecado, Caperucita.

—No podemos subir a acompañarte. Vamos a ver el niño que Gabriela halló anoche bajo una col. Ven también tú.

—Sí, sí, ven.

CAPERUCITA.—¿No os digo que tengo al lobo de visita? No puedo ir.

LAS VOCES.—Tonta: ¡como si nos fueras a engañar!

—¡Vaya una broma!

—Caperucita: apostaría a que señora Martina no está y que tú te has puesto a beber sidra.

CAPERUCITA.—*(Al lobo).* Ven, querido. No quieren creerme. Asómate.

EL LOBO.—¡Huuh!

VOCES DESDE AFUERA.—¡Jesús!

—¡Iiiii!

—¡Madre de Dios!

—¡El lobo!

—Huyamos, hermanitas!

CAPERUCITA.—*(Bajando la vidriera, enfadada).* ¡Feo! Las has asustado. ¿Para qué haces esas cosas? Así adquieres mala fama.

EL LOBO.—*(Poniéndole una pata sobre el hombro y olfateándola).* ¡Qué olor tan suave y tan fresco tienes!

CAPERUCITA.—*(Dándose importancia).* Claro: como que me encontraron debajo del rosal encarnado. Padre era vivo aún. Volvía de casa del señor marqués, a quien había ido a llevar una cuba de vino. Era de tardecita, con un tiempo tan frío como el de hoy. Todo estaba cubierto de nieve. De pronto, padre sintió llorar a un chiquillo, cerca del sendero de la huerta. Miró, miró y, ¿querrás creerlo? vió de pronto el rosal sin una gota de nieve, lleno de flores, hermosísimo. Debajo de él salía el llanto. Se acercó y me encontró morada de frío, recostada sobre tres rosas. Trájome a casa, madre me dió leche caliente con canela y azúcar, envolvióme en un pellejo de cordero y desde ese día fuí su hijita.

EL LOBO.—*(Socarrón).* Benditos sean los rosales que dan tales flores para regalo de los lobos.

CAPERUCITA.—¿Qué murmuras?

EL LOBO.—Decía que ¡bendito sea el rosal encarnado que dió tan bella flor!

VOZ DE AFUERA. — ¡Caperucita, abre!

Caperucita—*(Batiendo palmas, gozosa).* ¡Barba de Plata! *(Al lobo, que ha corrido a ocultarse tras el arcón).* Es el Barba de Plata. Abre tú, que ni él ni yo alcanzamos al pestillo.

EL LOBO.—¡Hum! *(Abre la puerta).*

BARBA DE PLATA. — Buenas noches... ¡Oh, maese lobo! ¿usted por aquí? *(Aparte)* ¿Qué estará haciendo solo con la niña este redomado pillo?

EL LOBO.—*(Con exageradas cortesías).* Buenas noches, buenas noches. *(Para su capote).* ¿Qué se le ofrecerá a este viejo marrullero?

BARBA DE PLATA.—Pasé hace un rato por casa de la abuela y, a través de los vidrios, ví a señora Martina haciendo cataplasmas. Me dije: Caperucita está sola y quizás tenga miedo. Voy a acompañarla.

CAPERUCITA. —*(Besándolo).* Viejecito mío, eres muy bueno. ¿Qué me traes?

BARBA DE PLATA.—*(Saca del bolsillo de su jubón de pana roja un dedal de oro).* Mira: lo perdió ayer en el parque la hija del rey. No quise devolvérselo, pues es embustera y, además, cruel con sus servidores y con los animales. Ayer le pinchó los ojos al perro. Hoy ató una lata vacía a la cola del gato, el cual, asustado, echó a correr como ciego, cayendo en el estanque. La princesita hubiera podido ordenar que lo ayudaran a salir. Pues, no: cada vez que el pobrecillo, braceando desesperadamente, se ponía cerca del borde, la mala pequeña, con un bastoncito, lo arrojaba a lo hondo. Reía cual si se hallase en una fiesta contemplando el sufrimiento y la agonía del animal. Y como su aya se lo reprochara, la llamó «vieja pécora», azotándola con el junco.

EL LOBO.—*(Riendo).* ¡Qué diablillo!

CAPERUCITA.—*(Conteniendo el llanto).* ¡Qué mala niña! ¡Qué mala niña!

BARBA DE PLATA.—Bien, no conversemos cosas tristes. Pruébate el dedal, hijita.

CAPERUCITA. — *(Pasando ingenuamente del llanto a la risa y poniéndose el dedal de oro en el dedito mayor de su mano derecha).* ¡Cómo brilla! ¡Qué hermoso es! ¡Qué buenos zurcidos voy hacer ahora! *(Fijándose)* ¡Y tiene una corona azul, sobre un corazón!... *(Salta gozosa en torno del enanito, al que luego abraza).* ¿No tienes ningún rasgón en la chaqueta? ¿No quieres que te cosa algo, abuelito?

BARBA DE PLATA.—*(Riendo de verla tan alegre).* ¡Locuela!

LA GIGANTONA. —*(Tamborileando con los dedos en los vidrios de la ventana).* ¡Caperucita!...

CAPERUCITA.—¡Gigantoona!... Ven por la puerta. Abrele, lobo.

(Entran la Gigantona y el Vendedor de Arena).

CAPERUCITA.—¿Y este viejecito?

LA GIGANTONA.—Es el Arenero, el que hace dormir, poniendo piedrezuelas sobre los párpados. Muéstrale a la niña tus alforjas, viejo.

(El Vendedor de Arena deja el cayado y baja una bolsa que lleva sobre el hombro derecho y extrae de ella pedruscos de tonos sombríos, que varían desde el color chocolate hasta el negro y desde el tamaño de un grano de arroz hasta el grandor de un huevo de paloma).

EL ARENERO.—Estos son los malos sueños, las pesadillas,.. *(Al lobo).* Creo que Ud., compadre, conoce este artículo ¿no?

EL LOBO.—¡Hum!

CAPERUCITA.—¡Ay, qué feas! Deben doler los ojos cuando Ud. pone sobre ellos de esas piedrezuelas ¿no es cierto?

EL ARENERO.—Los ojos no, niñita mía: la conciencia.

CAPERUCITA.—¿Qué es la conciencia?

LA GIGANTONA.—No quieras saberlo, chiquita. Cuando uno comprende lo que es ha hecho ya algo malo.

EL ARENERO.—(*Bajando la otra alforja llena de pedruscos blancos, rosas y azules*). Toma un puñado de ellas (*Y los muestra en la palma de la mano*). Estos son los bellos sueños y sólo los pongo sobre los párpados de los niños como Caperucita y de las personas buenas.

BARBA DE PLATA.—(*Al lobo, mirándose la barba*). Estos sí, compadre, que le son completamente desconocidos ¿eh?

EL LOBO.—(*Que asiste a la escena recostado al fogón*). ¡Hum!

CAPERURITA.—(*Encantada*). ¡Qué lindos! ¿Y de cuáles me pondrá Ud. esta noche sobre los ojos, señor Arenero?

EL ARENERO.—¡Curiosilla! (*Ríe*).

(Se abre la puerta y entran, en montón, La Bruja del Río, El Hada del Bosque y el perro).

TODOS.—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

EL PERRO.—(*Meneando la cola*). Amita: desde mi caseta ví que tenías reunión y para que estuvieras más acompañada y alegre fuí a invitar a estas señoras.

(Los otros visitantes, menos el lobo, que sigue inmóvil junto al fuego, curiosean, en tanto, por la pieza y conversan entre sí. La Gigantona ha encontrado una muñeca coja y calva y se la enseña a Barba de Plata. Ambos ríen).

EL HADA.—(*Besando a Caperucita y silbeando las palabras*). Yo... trai... go... frambuesas... pa... ra...

CAPERUCITA.—(*Batiendo palmas*). ¡Para míííí!

EL HADA.—(*Riendo*). Eso es: para la niñita buena que me lleva bollos y quesitos de cabra. Desde el verano las tengo escondidas en el tronco de un olmo para regalarte con ellas en el invierno, cuando ni el rey las tendría, aunque ofreciese un cesto lleno de diamantes a cambio de un canastito de frambuesas frescas.

CAPERUCITA.—¡Qué bien huelen! Parecen violetas.

LA BRUJA.—(*Que ha puesto su bastón sobre el arca*). Mi nietita: ¿hoy no me abrazas?

CAPERUCITA.—(*Colgándose a su cuello a todos*). Perdóname, Gajo de Sauce. Estoy aturdida de contenta. (*A todos*). Y ahora: ¿vamos a jugar a la rueda?

TODOS.—(*A una voz*). Sí, sí, bailemos la ronda.

—La niñita lo quiere.

—Hagámosle el gusto.

—Sí, sí, sí.

(Se toman de la mano y empiezan a dar vueltas rítmicas, cantando a coro, al son de una música ligera):

A la rueda-rueda
que cayó del cielo
al agua del río
un lindo lucero.

A la rueda-rueda
que la princesita
para sus cabellos
quiere la estrellita.

A la rueda-rueda
que se enoja el rey
y ordena a los pajes
que no se la den.

A la rueda-rueda
que llega el galán
y a la princesita
se la ofrecerá.

A la rueda-rueda
que se casarán
y el rey y la reina
a la boda irán.

CAPERUCITA.—(*Parándose de pronto*). Deteneos. Deteneos. El lobo cojea.

(Todos se agrupan en torno de ella y el lobo).

CAPERUCITA.—¿Qué tienes? A ver. Déjame mirar esa pata.

EL LOBO.—Me clavé una espina. ¡Duele!

CAPERUCITA.—¡Cómo no te va a doler, lobo! Mirad qué negra cabeza tiene la espina. Y lo menos mide media pulgada de largo... Barba de Plata: abre mi cajita de costura que está allí, sobre el banco, y alcánzame la tijera... Está casi arriba de todo, no revuelvas, no sea cosa que me enredes los hilos...

BARBA DE PLATA.—Bien, bien... Con cuidado no temas. (*Le alcanza lo pedido*).

CAPERUCITA.—¡Ajajaa! (*Utiliza la tijera como pinza, forcejea, pero no puede extraer la espina*).

CAPERUCITA.—(*Desconsolada*). ¡No puedo! ¡No puedo!

LA GIGANTONA.—Dame a mí, hijita. Yo tengo gran fuerza.

CAPERUCITA.—(*Se la da y toma entre sus manos la cabeza del lobo, acariciándolo*). Ten paciencia, sufre un poco, que ya no te dolerá más.

LA GIGANTONA.—(*Da un fuerte tirón y muestra, triunfante, la espina entre las dos puntas de la tijera*). Ya está. ¡Vedla!

CAPERUCITA.—¡Qué grande y qué aguda! ¡Pobre lobo! Ahora voy a vendarte la pata. (*Saca del bolsillo un pañuelo y ata la pata herida del lobo*).

EL LOBO.—(*Pensativo*). ¡Qué bien me siento ahora! Caperucita es un ángel.

TODOS.—¡Hum!

EL HADA.—Bueno es que lo vayas comprendiendo.

LA BRUJA.—Sí, sí, «nunca es tarde cuando la dicha llega».

CAPERUCITA.—¡El fuego se apaga! Ayudadme a echar más leña.

(Todos arrojan astillas al hogar, y La Gigantona, puesta de cuclillas, sopla. Vuelve a alzarse, alegre, la llama).

CAPERUCITA.—Vamos a bailar ahora unas cuadrillas.

(Empieza la música y bailan cuadrillas. Al terminar, todos están agitados y alegres. El perro para, de pronto, las orejas e impone silencio, alzando hasta el hocico una de sus patas.

EL PERRO.—...Ruido de cascabeles.

CAPERUCITA.—Es madre que regresa. ¡Huid!

(Todos huyen por la ventana, menos el perro, que se tiende junto al fuego. La Gigantona, que pasa la última, corre la vidriera).

VOZ DE AFUERA.—Hijiiiita... Tírame la llave...

(Caperucita descuelga la llave y la arroja hacia afuera, por la ventana. Chirrido en la cerradura.)

SEÑORA MARTINA.—(*Entrando*) ¿Has hecho mucha calceta, Caperucita? (*La besa*).

CAPERUCITA.—Poca, madre.

(El perro hace fiestas a la recién llegada. Señora Martina se quita la capa y la cuelga de un clavo. Va a poner la cesta en el arcón y advierte sobre éste los restos de la merienda.)

SEÑORA MARTINA.—¿Cómo es eso, Caperucita? ¿Te has vuelto golosa? ¿No te dije que no tocaras nada, que yo vendría temprano para hacer la cena?

(El perro va, con el rabo entre las piernas y la cabeza gacha, a echarse junto a la puerta. Caperucita, confusa, recoge una piedrecita azul, que sin duda dejó caer el Arenero junto al fogón. ¿Su sueño para esa noche?)

EL LOBO.—(*Desde afuera*). ¡Huh!

SEÑORA MARTINA.—No me gustan las niñas revoltosas. Yo creía que mi hijita no era glotona. (*Por los vidrios de la ventana aparece, borrosa, la cara blanca de La Gigantona. El lobo vuelve a hacer: ¡Huh!*)

Fin de la primera parte

JUANA DE IBARBOROU

(*En el próximo número, la segunda parte*).

Centro América intervenida

I

Estamos asistiendo al desarrollo de los acontecimientos más importantes de nuestra historia. De toda la América vienen las voces fraternales de inquietud y de tristeza por el peligro que nos amenaza. Las naciones pequeñas situadas en la proximidad de los Estados Unidos van acercándose como alucinadas al abismo de la absorción, al aniquilamiento de su soberanía, a la entrega absoluta de cuanto las mantiene aún en la asociación de los pueblos libres.

Cuba, con la Enmienda Platt convertida en cosa elástica por la imprevisión de los propios cubanos; Santo Domingo, con sus elecciones supervisadas después de una ocupación militar injustificable; Haití, con su situación política dolorosa; y Panamá y Centro América a merced del Norte. Tal es cuadro que presenta hoy esta parte del mundo americano a los ojos de cualquier observador poco atento.

Muchos son los enemigos que entre nosotros conspiran contra la felicidad de estos países. Se cuentan como principales la pequeñez territorial, la escasez de población, el increíble afán de dispersión, de atomización que nos caracteriza. Parece que se opone entre los pueblos de América la voluntad de un Maquiavelo incontrastable, que se empeñara en dividir para vencer. Y nosotros, que sólo por esto somos nuestros más encarnizados enemigos, nos mantenemos en un salvaje y absurdo aislamiento, e imposibilitamos todas las tentativas de unión. Y la unión es la única esperanza que nos resta.

Las naciones pequeñas vecinas de una nación grande viven en constante intranquilidad. Todo envuelve un peligro para su existencia; todo anuncia la absorción, la influencia o el predominio de los hombres más fuertes, apoyados en los cañones de su escuadra, en las bayonetas de sus soldados o en el oro de sus bancos. La diplomacia de esos hombres puede ir en triunfo por un continente, por el mundo: nada será más poderoso que su deseo o su conveniencia. El único valladar inmediato puede ser la virtud, como el único remedio en el porvenir puede ser la unión. El ejemplo de los Estados Unidos será siempre el más convincente para recomendar a los pueblos amenazados de América la unión. De trece colonias no muy extensas en su origen ha surgido la gran república que influye tan decisivamente en los acontecimientos mundiales.

Nos hace falta la unión, intelectual y diplomática primero; comercial y de intereses más tarde; acaso política después. Pero la unión firme, la que haga sufrir y vibrar el alma americana, desde las fronteras de México hacia el Sur, en todo momento en que sea atacada o desconocida de algún modo la soberanía de cualquier pueblo nuestro. Y se debe pedir unión en nombre de todas las cosas que hasta ahora no han sido invocadas. Porque además del depósito espiritual que la historia ha dejado en nosotros, además de nuestra civilización y de las razones sentimentales más o menos patéticas que esgrimen conmovidos los oradores del Continente, debemos defender el porvenir, los intereses nuestros. No es la América una tierra de salvajes en donde se vive una temporada para hacer dinero y poder disfrutar la vida civilizada con holgura en otras partes. La América es tierra de producción, de cultura, de progreso. Es preciso que la defendamos para nosotros, que merezcamos con su prosperidad la riqueza más satisfactoria de su libertad y su decoro. La unión nos hará dueños del territorio, de los campos feraces, de las industrias, porque nos hará dueños de la América, que permanece en poder de extraños, ni más inteligentes, ni más activos, ni más laboriosos que los naturales de nuestras repúblicas.

II

En el buque norte-americano «Tacoma», prolongación de un territorio extraño, se reunieron el 20 de agosto del año último los Presidentes de El Salvador, Honduras y Nicaragua y firmaron un pacto defensido y casi ofensivo. Concurrieron a la reunión, y firmaron también el documento, los Ministros de Norte América en San Salvador, Tegucigalpa y Managua, y los Secretarios de Relaciones Exteriores de las tres repúblicas.

Los unionistas incondicionales, y en la América son muchos, recibieron con aplausos la noticia. Se creía que estaban en vías de reanudación los trabajos para unir a los cinco países de Centro América. Pero la realidad es otra: el pacto del «Tacoma» respondía a muy distintas necesidades. El Gobierno del Sr. Rafael López Gutiérrez, de Honduras, se vió hostilizado en julio por irrupciones de emigrados hondureños organizadas en territorio nicaragüense; la presidencia del Sr. Diego M. Chamorro, de Nicaragua, fué puesta en peligro por un movimiento armado que estalló el 10 de agosto en León, Chinandega y Corinto, bajo la dirección del Senador Salvador Castrillo, del Coronel José Dolores Fonseca y del Sr. Gerardo Guillén; el Sr. Jorge Meléndez, Presidente de El Salvador, temía que el Presidente de Guatemala aprovechara la incertidumbre del período electoral salvadoreño y atacara a su país.

El convenio del «Tacoma» declara en su primer artículo válido para El Salvador, Honduras y Nicaragua el Tratado General de Paz y Amistad, desconocido en 1917 por los Gobiernos de Nicaragua y los Estados Unidos a fin de poder libremente construir el canal y establecer una base naval en el golfo de Fonseca. En el segundo artículo se obliga a los Presidentes a no permitir emigraciones políticas e invasiones a los territorios de las repúblicas signatarias. El tercero y el cuarto regulan esa obligación. El quinto habla de una conferencia centroamericana para «escogitar medios que, como el libre cambio, unificación de la moneda, unificación de los sistemas arancelerios, vías de comunicación, y otros, asegurados por tratados aproximativos hagan verdaderamente practicable en un porvenir preparado la unificación política de Centro América». El texto se refiere al libre cambio. El séptimo trata de que sean sometidas a arbitraje todas las cuestiones que puedan surgir entre los pueblos firmantes. Y el octavo establece que los Gobiernos de Costa Rica y Guatemala serán invitados a suscribir el convenio.

Costa Rica, por unas razones, y Guatemala por otras, se negaron a firmar el pacto, aunque declararon que consideraban vigente el Tratado General de Paz y Amistad de 1907. El Gobierno de los Estados Unidos, «satisfecho de la actitud de esos países al reconocer la validez del Tratado General de Paz y Amistad, invitó a las cinco repúblicas a tomar parte en una conferencia que debía inaugurarse en Washington el 4 de diciembre. Fijaba la Cancillería los temas a discutir: primero: tratados que hicieran efectivas las estipulaciones convenientes de los acuerdos de 1907; segundo: limitación de armamentos en Centro América; tercero: establecimiento de Tribunales de Información para las disputas y cuestiones que surjan entre dos o más países centroamericanos; y cuarto: «Algunas cuestiones que los países representados en la Conferencia deseen considerar de común acuerdo».

La opinión pública de Costa Rica, que antes se había declarado opuesta al pacto del «Tacoma», no fué contraria al envío de delegados a esa Conferencia. Y esto por un deber de cortesía internacional únicamente, pues no se esperaba de la asamblea solución alguna para los problemas del Itsmo. El

propio Presidente de la República, Sr. Julio Acosta, en una entrevista con el director del *Diario del Comercio*, de San José, Sr. Vicente Sáenz, afirmó que será difícil mantener ahora la Corte de Justicia Centroamericana, —desaparecida a raíz del tratado Chamorro-Bryan—, porque es dudoso que Centro América garantice sus resoluciones. «Tratándose de Convenios Comerciales, —agregó—el libre intercambio ni conviene a Costa Rica ni se podrá implantar, porque ya hemos visto que a eso se oponen, mientras no estemos unidos, los mismos norteamericanos que saldrían perjudicados en su comercio. En lo que toca a revoluciones, éstas no se podrán evitar con un simple Tratado».

El problema fundamental de Centro América, según dijo y reconoció el Presidente Acosta, es el creado por la situación anormal de Nicaragua. El Tratado Chamorro-Bryan lesiona los intereses de las cinco repúblicas, a la vez que anula la soberanía nicaragüense. No es posible tomar en consideración un solo intento de acuerdo sin haber resuelto antes la dificultad que imposibilitó en 1921 la federación del Itsmo y que será siempre el punto de discordia de los centroamericanos.

Al fin, Costa Rica envió sus delegados a la Conferencia de Washington. Los centroamericanos lamentaron desde las primeras sesiones la ausencia de la representación de México, nación hermana cuyo delegado el Embajador Creel fué testigo de los convenios de 1907. Se habló de que era necesario reconocer el Gobierno del General Obregón, para que un representante suyo concurriera a Washington. Pero no fué tratado más el asunto porque una declaración norteamericana resolvió que la Conferencia interesaba sólo a Centro América. Ya veremos cómo ha sido aplicada esa doctrina. Cuando se empezó por tratar de incluir en el plan de las deliberaciones la conveniencia de una unión política centroamericana, se tropezó con el obstáculo de la actitud adversa de los plenipotenciarios costarricenses y guatemaltecos. Se convino en posponer toda tentativa de federación.

Quedaron los puntos originales de la convocatoria: el arbitraje centroamericano, el desarme, etc. Pero aquí también surgieron graves dificultades. Varios de los gobiernos del Itsmo se sostienen porque disponen de tropas y de armas. Desarmados, se pondrían a merced del pueblo, que no los estima y que inmediatamente los destruiría. No está precisamente Costa Rica entre esos países, pues según las estadísticas el ejército más pequeño es el de aquella culta nación. Otros son los que necesitan el apoyo militar para que en ellos siga ocupando el poder una sola familia. En el caso de que Centro América consintiera en el desarme propuesto por la Cancillería de Washington, la mayoría de la población combatiría violentamente a sus gobernantes, y entonces se verían obligados los Estados Unidos a proteger a los indefensos mandatarios. Vendría a ser la parte central un protectorado norteamericano.

Para la Corte de Justicia, o Tribunal Internacional de Arbitraje, hay otra objeción: de nada sirve que funcione si sus fallos no tienen la fuerza de leyes. Se podría aceptar su restauración si sus decisiones se cumplieran en el futuro y no se diera de nuevo el espectáculo de que uno o más Estados rehusaran acatar sus fallos. Y aún así, surgiría el problema de la autoridad de aquella Corte, desconocida por los Estados Unidos y Nicaragua. Acaso se podría fijar como condición precisa para volver a su anterior funcionamiento la anulación del Tratado Chamorro-Bryan, origen del fracaso de la admirable situación jurídica centroamericana nacida al amparo de las Convenciones de 1907.

El único resultado positivo de la Conferencia de Washington podía ser, así, el estudio de un plan para unificar los diferentes sistemas de legislación arancelaria, de trabajo, de educación, de justicia, etc., a fin de hacer posible, en la Conferencia ya fijada de 1926, el ideal de la federación centroamericana. Y ese programa no merecía, en verdad, que el Departamento de Estado de Washington se tomara la molestia de reunir espectacularmente una brillante asamblea de plenipotenciarios centroamericanos, porque no es eso lo que preocupa a los Estados Unidos.

Quince tratados y convenciones aprobaron los representantes de Centro América: el Tratado General de Paz y Amistad, Convención para el establecimiento de un Tribunal Internacional Centroamericano, Protocolo adicional, Convención sobre limitación de armamentos, Convención para el establecimiento de comisiones permanentes centroamericanas, Convención de Extradición, Convención relativa a la preparación de proyectos de leyes electorales, Convención para unificar las leyes protectoras de obreros y trabajadores, Convención para el establecimiento de centros para experimentos agrícolas y sobre industrias pecuarias, Convención para el cambio recíproco de estudiantes centroamericanos, Convención sobre el ejercicio de profesiones liberales, Convención de Libre cambio, Convención para el establecimiento de comisiones internacionales de investigación, Protocolo de un acuerdo entre los Gobiernos de los Estados Unidos de América y los de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, por virtud del cual el primero designará quince de sus ciudadanos para que formen parte del Tribunal que se creare de conformidad con las estipulaciones de la Convención, para el establecimiento de un Tribunal Internacional de Centro América, Declaración que expresa que el texto español de los tratados celebrados entre las repúblicas centroamericanas en la Conferencia sobre asuntos centroamericanos es el único obligatorio.

Toda una serie de instituciones jurídicas, todo un cuerpo de doctrinas para dar aspecto legal a una situación de hecho. Porque la verdad es que Centro América sufre hoy las consecuencias de la intromisión de los Estados Unidos, iniciada desde la caída del Presidente Zelaya y que pretende afirmarse con un acuerdo sobre los derechos de Costa Rica en el canal de Nicaragua. Las convenciones y los tratados de Washington facilitan la intromisión, que se hará cada vez más influyente y decisiva en todas las cuestiones centroamericanas. El Tratado General de Paz y Amistad es muy parecido al de 1907, con la diferencia de que, en lugar de la Corte de Justicia, dispone la creación de un Tribunal Internacional Centroamericano. El Tratado para el establecimiento de este Tribunal Internacional es una sorprendente sucesión de cosas incomprensibles. Asombra pensar que

los representantes de cinco repúblicas hermanas hayan dado tanta ingerencia a los Estados Unidos en un Tribunal creado para resolver asuntos propios, desavenencias familiares; que hayan dejado tantas brechas a la sutileza y a la diplomacia oscura del imperialismo.

El artículo primero de esa Convención dice que el Tribunal resolverá las cuestiones sobre las que no se hubiere llegado a un acuerdo diplomático y si las naciones en discordia no «convinieren en otra forma de arbitraje, ni estuvieren de acuerdo en someter dichas cuestiones o controversias a la decisión de otro Tribunal. No podrán, sin embargo, ser objeto de arbitraje ni demanda las cuestiones o controversias que afecten la existencia soberana e independiente de cualquiera de las Repúblicas signatarias».

Todas las salvedades anteriores han sido hechas, a la medida de los deseos de Washington, para fortalecer el Tratado Chamorro Bryan, que entrega mansamente la soberanía de Nicaragua a los Estados Unidos. Por la protesta de Costa Rica, el Salvador y Honduras se vió en peligro el tratado, y debido a ello los Gobiernos de Managua y Washington tuvieron que desconocer el fallo de la Corte de Justicia Centroamericana, que negaba a Nicaragua el derecho a hipotecar su soberanía.

En el mencionado Tribunal Centroamericano, pueden figurar ciudadanos de los Estados Unidos. El Gobierno de esta nación designará quince jurisconsultos norteamericanos que estarán siempre dispuestos a tomar parte, como inapelables jueces, en la resolución de los más vitales asuntos de la América Central. Verdad es que para dar un cariz aceptable a esa *cooperación* extranjera, se permite la entrada a cinco abogados de los demás países de la América. Estos últimos han de ser personas excepcionales: tienen que «haber sido o ser Jefes o Ministros de Estado o Miembros del más alto Tribunal de Justicia, Plenipotenciarios... o miembros de algún Tribunal de Arbitraje Internacional, o Corte Permanente Internacional, o representantes de su Gobierno ante ellos», mientras que entre los otros puede haber simplemente «abogados que tengan derecho para litigar ante la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos y Catedráticos de Derecho Internacional».

ENRIQUE GAY CALBÓ

(Concluirá en el próximo número).

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

Chile imaginario

CUANDO un extranjero oye hablar de Chile, lo primero que le extraña es lo exótico de este nombre silbante: ¡Chile, Chile.... se diría un pájaro que silba! Hay entre estas montañas un ave mediana, del tamaño de un zorzal, de plumaje negro y alas en sus extremos amarillentas, que se llama, onomatopéyicamente, por su canto, «trile». Unos niegan la leyenda, pero otros aseguran que el nombre de mi patria deriva de ese nombre. Estoy con estos últimos por razones que la razón no alcanza.

Bautizó a mi país un ave. Con ese, su único canto, el ave todo lo dice; ¡bien lo advertimos aún, nosotros, al nombrarlo!

Si se contempla el mapa de América, Chile causa extrañeza. Este país, que entre todos los de la tierra es uno de los que abarca mayor número de grados de latitud, tiene en dirección contraria, o sea de Oriente a Poniente, una angostura tan exagerada que mueve a risa. El observador extranjero de nuestra carta geográfica se niega a considerar que este sitio sea base suficiente para un país de tres dimensiones, e imagina un pueblo que vive en penoso equilibrio sobre la inquieta falda occidental de la Cordillera de los Andes, expuesto a rodar hacia el mar en uno de sus periódicos terremotos.

El Sur de Chile, desmigajado en islas innumerables, y con abras profundas que llegan casi hasta el límite con la República Argentina, hace pensar en una tierra que el Pacífico va disolviendo.

Una impresión de asombro, una duda sobre el carácter artificial de sus límites y lo difícil de la existencia de los hombres que aquí habitan, acaban por acongojar su ánimo.

La Argentina, Brasil, cualquiera otro de los pueblos de esta parte de América tienen un perímetro más redondeado, una forma más racional, y ofrecen desde su simple apariencia, un incentivo mayor. Chile es como un hombre de ceño duro, alto, flaco y huesudo; es natural que, sin mayores consideraciones, se prefiera la compañía de los más gordos y sonrientes.

Desde el Chile que sugiere su solo nombre, hasta el Chile que evoca la inspección de la carta geográfica, todo ayuda a formar una impresión depresiva, que tiene después gran importancia, porque como ella es un producto más teñido de inconsciente, ahonda y perdura, y va, oculta, modificando las impresiones más completas que en seguida sobre él se obtienen. La primera impresión constituye una suerte de coeficiente sensitivo, por el cual, sin darnos cuenta, multiplicamos los datos sucesivos que nos va procurando un conocimiento posterior.

Dejemos de oir ese silbo de pájaro, no nos atengamos a la mera apariencia geográfica, y vengamos al Chile real, sitio de donde sale esta voz descolorida.

Con el mal dormir de la tierra en esta parte del globo, el suelo quedó arrugado, como sucede con las frazadas del lecho de un hombre que en la alta noche ha soñado vigorosamente. Al amanecer, los cobertores no alcanzan a cubrir su cuerpo; mas bastaría extenderlos para darnos cuenta de que ellos son tan amplios como los de cualquier otro lecho donde reposan los que tuvieron un sueño sin ensueños.

Si en el sentido que sigue el curso

del sol fuese dable estirar el suelo de Chile, si en vez de contemplar en un mapa la engañosa proyección horizontal de su quebrada estructura lográsemos desarrollar su superficie efectiva, tendríamos que ésta se nos presentaría tres o cuatro veces más ancha de lo que la vemos.

Chile es también un hombre un tanto misántropo; vive en un suburbio, defendido del lado del pueblo por altos tapiales con bardas claveteadas de agudas guijas, y por el otro deslinda libremente con el campo. Extiéndese más allá de su heredad la dilatada llanura del Pacífico. Lo arrulla este mar ennoblecido por un nombre sencillo digno de las cosas, como él, grandes. Es un mar tres veces solitario: solitario por su enorme amplitud, por la pequeñez sonriente de las escasas islas que defiende, y por el recuerdo de la perdida y fantástica Lemuria. La soledad se acrecienta con el recuerdo de lo que fué y ya no existe. Y una canción constante de soledad, venida diariamente, y que cierra los horizontes, acaba por traspasar su ritmo ordenador a la tierra que la escucha.

La ubicación de nuestro territorio ha sido llamada despectivamente, por espíritus ligeros, el último rincón del mundo, olvidando que si la tierra tiene la filosofía de ser redonda, es para decir con ello cuán semejante significado y posible y sucesivo porvenir aguarda a cada uno de los pueblos, y cuán idéntico sentido revela poseer la vida en todas las latitudes.

PEDRO PRADO

Santiago de Chile, febrero de 1923.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Intelectuales y obreros

EN un día radiante, luminoso, magnificente, desfilan las muchedumbres obreras. Millares de trabajadores se agrupan bajo las banderas de sus oficios; son banderas de paz, de fecundación, de progreso; las incendia el sol ubérrimo de la primavera, y sus destellos rojos van grabando en el morado paño la palabra germinación. Es una hora azul de la mañana, hora de encanto y de plétora. El Trabajo, padre del mundo, desfila por las amplias calles de la ciudad burócrata, de la ciudad de los nobles, de la ciudad bulliciosa y riente. Los obreros, limpios, fuertes, sanos, llevan en sus rostros la expresión de una conciencia viril y profunda; sus mujeres muestran un semblante inteligente; no es la belleza fría, plácida, estatuaria de las mujeres que adoramos y mimamos, soberanas del hogar o deidades del placer; es una belleza cálida, hecha de dolor y de esfuerzo, plasmada en un ideal de perfección cívica y de ascensión en la vida; es la belleza torturante de los luchadores...

Es el Primero de Mayo, épico por su universalidad, internacional y fraterno, en que el Trabajo muestra a los explotadores, a los oligarcas, a los poderosos y a los holgazanes, que se ha enseñoreado del mundo; la ciudad se ha paralizado; el aliento fecundante de los brazos ha dejado por unos instantes muerta la urbe. De cuando en cuando, turba el augusto silencio un cántico litúrgico: «Esclavo del taller, forzado de la mina, ilota de los campos, levántate, pueblo poderoso...» Y el pueblo, poderoso, se ha levantado y avanza amenazador, y exige moralidad, y quiere justicia, y triunfa en las urnas, y siembra sereno el evangelio del nuevo derecho y el dogma de la economía nueva.

Una muchedumbre espectacular mira el desfile. No hay en ella odio, ni inquietud, ni ironía. Años atrás, el burócrata, el pequeño rentista, el militar, el profesional intelectual, miraban con recelo. Hoy, el buen burgués ha votado sus candidatos, se ha penetrado de la justicia reivindicadora de las masas engendrada en un dolor milenario; ve en ellos una fuerza gubernamental y, por instinto o reflexión, pone su moderación y su sentido jurídico frente al extremismo desolador de violencias, muertes y fieros males...

Hemos contemplado ambas multitudes: la que formaba en la interminable procesión cívica, triunfal, dominadora, alegre y fuerte, que va forjando en sus entrañas el mundo nuevo, que dictará la ley, que impondrá la soberanía inalienable del esfuerzo humano, y la otra, la que deambula un día y otro día por las calles de la ciudad, melancólica, triste, sin alma, sin fe, sin ideal, sin solidaridad, a merced de la nómina, de la exigua renta, del rendimiento del pequeño «bureau», del sueldo de la Empresa, de la vergonzosa retribución literaria, esclavos del Estado, del empresario, del editor, macilentos los rostros, sin color las mejillas, dudosos los trajes, con rictus de dolor en los labios y el gesto huraño de la rabia de la impotencia...

¡Gran enseñanza para esta multitud de trabajadores intelectuales ofrece el bello espectáculo de la manifestación obrera! Arquitectos, funcionarios, periodistas, ingenieros, escritores, médicos, músicos, autores dramáticos, todos cuantos integráis la ingente fuerza de la Inteligencia, ¿no os sugiere graves consideraciones el poder de la asociación, de la cooperación y la solidaridad? Vuestra dispersión es la ruina; por la solidaridad aumenta justamente el salario, se va a la participación en los beneficios, al control obrero, al perfeccionamiento moral y a la posesión del poder político. Vuestro atomismo, vuestra insolidaridad, en cambio, es la parálisis, la pobreza, el desplazamiento.

Representan los trabajadores intelectuales en la producción nacional un factor tan considerable como el capital y el trabajo, porque son los artífices del Pensamiento y del Arte, soplo anímico del esfuerzo universal; pero su situación no corresponde a su gran valor; el Capital defiende sus posiciones por sus Confederaciones mediante el «lock out», que detiene bruscamente la vida industrial, y el Trabajo logra sus avances por la huelga, arma de idéntico alcance y efectos, y la Inteligencia, representada por todos los trabajadores intelectuales, está a merced de las dos grandes fuerzas organizadas, sin intervenir en los conflictos, a la deriva de sus acuerdos y exigencias. Han sabido el Capital y el Trabajo dotarse de organizaciones poderosas más fuertes que los Estados mismos, y sus «ententes» son leyes promulgadas. Pero el trabajo intelectual ha rechazado la solidaridad, vive en el castillo romántico del individualismo, y siendo el manantial creador, no tiene voz en los litigios sociales, ni mecánica para su resistencia, ni coordinación para sus aspiraciones. El ingeniero director, el periodista, el arquitecto, etc., asisten cruzados de brazos a la lucha entre patronos y obreros, sufren las desdichas del paro, no toman partido en la contienda, y al llegar al acuerdo, los obreros suelen ser indemnizados, además de lograr nuevas mejoras, suscritas por ellos; no son sino víctimas de la guerra.

La tristeza de la clase media española, formada por trabajadores intelectuales, y su consiguiente debilidad como fuerza política y social, hallará en la solidaridad su único remedio. La gran fuerza de la Inteligencia tiene que decidirse a sistematizarse para su defensa. En Francia se ha planteado este problema, y unos cuantos hombres de organización iniciaron la Confederación de Trabajadores Intelectuales con una pasión y con un espíritu que reflejan estas palabras de M. Caalus, presidente de la Sociedad de Autores dramáticos, al discutirse el proyecto de estatutos: «En todo negocio, en toda empresa, cualquiera que ella sea, si el capital y el trabajo obrero son indispensables, el trabajo intelectual, que concibe, que organiza, en

una palabra, que crea, no tiene un menor valor, y si he de ir hasta el final de mi pensamiento, diré que de estas fuerzas en presencia es la más necesaria, porque, sin ella ¿en qué se emplearían los capitales reducidos a la impotencia, y los músculos obligados a la inacción?»

Ha desfilado la manifestación. La ciudad tiene una quietud inquietante. Por las grandes aceras de la calle de Alcalá la multitud camina preocupada. Y el cronista, al observar el contraste, aventa estas ideas sugeridas al ojear los documentos de gestación de la C. T. I. de Francia. Si el trabajo intelectual se organizase; si los trabajadores intelectuales se solidarizaran; si un ideal común de avance y de justicia les llegara a unir, un nuevo factor poderoso y refulgente entrará en la escena de la lucha social. Conquistará su legítimo valor en la producción nacional, se redimirá de sus callados sufrimientos, callados, porque el dolor de los espíritus cultivados es un dolor honesto y mudo, y logrará llevar con dignidad su superior designio de director de las fuerzas físicas y morales. Y la fiesta del Primero de Mayo será entonces fiesta apoteósica de esfuerzo del cerebro y de los brazos, únicas e infinitas energías que acelerarán el pulso del mundo.

ANTONIO DUBOIS

(*La Libertad*, Madrid).

Sonetos de Quental

(Trad. de EMILIA BERNAL)

A GERMANO MEYRELLES

Sólo el mal y el dolor realmente existe,
sólo engendra placer la fantasía,
sólo en imaginar, el bien consiste,
anda el mal en cada hora y cada día.

Si buscamos lo que es, lo que debía
ser, nada encontramos que subsiste,
si esperamos un bien que el alma cría
no hay más remedio aquí, sino ser triste.

¡Oh, quién tánto pudiera que pasase
la vida en sueño solo, y nada viera;
mas, que si nada ve, tiempo perdido!...

Quién fuera tan dichoso que olvidase...
Mas, si no duerme el mal cuando durmiera...
....
Que siempre el mal peor es ser nacido...

BEATRICE

Después que día a día y siempre desma-
[yando
se fué la nube de oro ideal que vi erguida;
después que vi bajar del cielo ya sin vida
la estrella que fijé en sombras laborando;

Después que sobre el pecho los brazos
[apretando
hallé sólo el vacío y mi luz se fué huida,
sin ver dónde mirar, y en todo vi perdida
la flor de mi jardín que más iba regando,

retiré los mis pies de la senda de abrojos
y me volví a otro cielo, y ya no alzo los ojos
sino a la estrella ideal de luz, de amor y bien.

No temas pues; oh, ven! El cielo ya está en
[calma,
la tierra silenciosa, la mar dulce y el alma...
¡El alma! ¿No la ves? ¡Mujer! ¡Mujer!
[¡Oh, ven!

VISITA

Mi cuarto adorno con la flor del cardo
y perfumo de almizcle suavemente;
me visto con la púrpura fulgente,
ensayando mis cantos, como un bardo;

unjo las manos y la faz con nardo
crecido en los jardines del Oriente,
todo, para esperar pomposamente
misteriosa visita a quien aguardo.

¿Mas, qué hija de reyes o qué hada
era la que sutil se aparecía
de mi cabaña humilde a la posada?

No era princesa ni hada. Era un fulgor...
Era el recuerdo tuyo... que batía
la puerta de luz y oro de mi amor.

PEQUENINA

Yo bien sé que te llaman *pequenina*,
que eres cual suelto velo entre la danza,
que apenas tienes juicio y que te alcanza
poco más, en el traje, la *menina*.

Que eres regato de agua mansa y fina,
una hojilla que rauda el viento lanza,
pecho rendido si a carrera avanza,
y frente que al sufrir luego se inclina.

Mas, hija, allá en los montes de tu grey
de recelo y angustia soy tan lleno
que olvido del vivir los hondos ecos,

Y no quiero imperar ni ser ya rey
si no tengo mis reinos en tu seno
y mis súbditos, niña, en tus muñecos.

SONHO ORIENTAL

Suéñome rey de una isla, maravilla
muy lejana en los mares del Oriente
donde la luna sobre el agua brilla
y la noche es balsámica y fulgente;

Aroma de magnolia y de vainilla
impregna el aire diáfano y durmiente
y el mar, con finas ondas, en la orilla,
lame la orla del bosque, vagamente.

Donde yo en la baranda de marfil
me abisme en un ensueño juvenil
y tú, mi amor, divagues al luar

del profuso jardín en las laderas,
o te adormezcas bajo las palmeras
mientras juega a tus pies león familiar.

QUINCE AÑOS

Amo la gran sombra de las montañas
que abre sobre los largos continentes
sus brazos, de roca negra, ingentes
como brazos colosales de arañas.

Ahí observan mis ojos tan extrañas
cosas, por ese cielo, y tan ardientes
visiones, en el mar de hondas tormentas,
y las estrellas veo allí tamañas.

Amo también la fuerza misteriosa,
la gran idea y la energía vasta
del árbol colosal que nos domina.

Tú, criatura, sé buena y amorosa,
sabe amar y sonreír, y eso me basta.
....
¡A ti, sólo te quiero, pequeñina!

AMARITUD

Sólo por ti, aún, y siempre oculto
sombra de amor y ensueño de verdad
ando en el mundo y lleno de ansiedad
mi propio corazón en mí sepulto.

De templo en templo, en vano, llevo un
y las flores de mi íntima piedad, [culto,
y veo los votos de mi mocedad
recibir solamente escarnio, insulto.

Al borde del camino me senté
escuchando pasar, agreste, el viento,
y dije: «¡Así ha pasado cuanto amé!»

¡Oh, mi alma, que creíste en la virtud!
¡Oh, qué será vejez y desaliento
si esto se llama aurora y juventud!

APPARICAO

Pronto, mi amor, que ya a la muerte cedo
y ya siento estallarme el corazón,
pensarás con dolor y compasión
en las conjuras que te hice al miedo.

Y de la casta alcoba en el encierro,
mientras alumbra débil lamparina,
ante ti surgiré, cual peregrina
larva, que huye al sepulcral encierro.

Y tú, mi amor, al verme entre gemidos,
y ayes, me extenderás los bellos brazos
tratando asegurarte a mis vestidos.

«¡Oye!» «¡Espera!» Mas yo sin esperarte
huiré, como un sueño a tus abrazos
y cual humo huiré, sin escucharte.

ACORDANDO

Sueño, y a veces el soñar quebranta
este vano sufrir, esta agonía,
cual alondra que canta y va, la mía,
alma al cielo, se entrega, sube y canta.

Canta la luz del sol, la estrella santa,
que al mundo trae un día más... un día...
El vuelo de las cosas, la alegría
que las llena de amor y las levanta.

Mas de repente un viento húmedo y frío
sopla sobre mi sueño: un calofrío
me acuerda: noche negra. Y el dolor

Acá vela, como antes a mi lado...
¡Ah, mis cantos de luz, angel amado
sólo son sueños... y sueño es mi amor!

SONHO

Sueño, y no siempre el sueño es cosa vana,
que el aire me llevaba arrebatado
a través del espacio constelado
donde la aurora eterna ríe lozana.

Las estrellas que guardan la mañana
al verme así pasar, triste y callado,
mirábanme, y decíanme con cuidado:
«¿Dónde está, pobre amigo, nuestra hermana?»

Yo bajaba los ojos, receloso
que traicionasen estas maguas mías,
y pasaba furtivo y cauteloso

y ni osaba contarle a las estrellas,
las castas hermanitas de tus días,
cuanto es falsa mi bien e indigna de ellas.

Ventura García Calderón

VENTURA García Calderón, personalmente, fué para mí una sorpresa. Yo lo imaginaba pequeño, ardillesco, de una nerviosidad tropical. Y lo que veía era una mole inmensurable, un Sansón de cabellos escasos dentro de un frac, que sonreía con vaga malicia de salón a una dama transparente, quiero decir vestida a la moda.

Esa inveterada tendencia del espíritu, quizás infantil, acaso algo femenina, de *representarse* físicamente a un poeta, a un novelador o a un cronista en cuya compañía divagó dulcemente, me jugaba así una mala partida. ¿Por qué haber supuesto necesariamente enclenque al autor de tantas páginas aladas, impregnadas de ensueño, pero de un ensueño amable, sin exasperaciones enfermizas? Es lo cierto que, de aquel primer choque de sorpresa, no obstante agradable, yo habría pasado fácilmente al desencanto sin el consejo de una vieja experiencia. Experiencia que sin duda el buen pastor Lavater no olvidó de consignar en términos precisos, pero que la escuela del mundo, con un método menos riguroso, enseña temprano:

—Juzguemos a las mujeres por su andar, por el color de sus cabellos o por la forma de sus labios. Del hombre, sobre todo de un artista, retengamos solamente la expresión de su frente...

Basta observar unos segundos la de García Calderón para adivinar allí la distinción de un carácter. Frente prominente, despejada en su parte superior, llena de surcos perpendiculares junto a las cejas. Si un fisionomista la estudiara en detalle, tal vez descubriría en ella un reflejo de las pasiones que agitaron la juventud del escritor. ¿Desencantos, esas arrugas que descienden en tropel como senderos de una colina? ¿Costumbre de concentrarse en sí, de bridar los entusiasmos, ese pliegue profundo entre la distancia de los ojos?

Apreciada en su conjunto, vista en fuga, bajo la claridad de las ampollas, tal frente graba en nosotros la impresión definitiva de una alta mentalidad aristocratizada por la vida. Dijérase que es la *ratificación* de una obra artística cuya elocuencia, más que deslumbrarnos por el artificio exterior, quiso ganar nuestro homenaje por lo mucho que, sin decírnoslo siempre, nos dejó entrever...

La crónica literaria tuvo en nuestro Continente americano, casi hasta ayer, un número ilimitado de cultivadores. El género, que ya había sido importado de Francia a las letras españolas por Mariano José de Larra, pero tal vez con menos alardes galicistas, se propagó peligrosamente en los últimos treinta años gracias a la frívolidad elegante y al *parisianismo* desenfadado de Enrique Gómez Carrillo. El autor de *Entre Encajes* sirvió de cicerone espiritual a mozalbetes de parroquia ayunos de lectura, ricos de orgías imaginativas, que creían bastaba llevar ese bagaje, acompañado de una cierta facilidad *sonreidora*, para croniquear sabiamente. La frase de Carrillo, escrita precisamente en un libro de Calderón, *la crónica es la sonrisa* del periodismo, llegó a la celebridad apenas impresa. Como contraer los músculos faciales no es cosa que exija gran esfuerzo, todos hicimos muecas literarias imaginando sonreir. De la vulgarización de esa creencia vino una suerte de cansancio. El mismo rótulo de sonrisa que se le ponía a la crónica era una terrible carcoma contra su prestigio.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

(Retrato de FEDERICO BELTRÁN MASSÉS).

Llegó un día en que los directores de periódicos comenzaron a pedir trabajos de *más peso;* entre ellos hubo como una confabulación, sin que fuera necesario previo acuerdo, para desterrar en columnas subalternas tales producciones. ¿Somos por ventura un pueblo que comprenda siempre los matices y conciba la profundidad en lo ligero?

Luego, a la idea,—en principio justa, admirablemente definida por el inquieto guatemalteco, deformada en la práctica por los majaderos—de que la crónica no debía arrugar doctoralmente el entrecejo, se añadían otras no menos falsas y difíciles de aplicar inflexiblemente, y que tenían el mismo origen: a la ligereza, el cronista debía añadir una empalagosa tristeza lírica, una perpetua añoranza de gentes y cielos exóticos. Pero el deambuleo por tierras lejanas no iba casi nunca más allá de la Puerta del Sol y de los Boulevares parisienses.

Sobre todo de los Boulevares. El parisianismo se hizo epidémico. Rubén, ahito de ajenjo, Carrillo, en el torbellino de la bohemia, del brazo de Lajeneusse y otros contertulios del Café Napolitano, he ahí la visión que hacía suspirar a las almas de allende el Océano. Más de un suicidio literario y humano no tuvo otra causa.

Todavía en 19. . el propio García Calderón comenzaba así un libro de crónicas que, como es justo, se titulaba *Frívolamente:*

—«En la atmósfera rubia del bar, entre un aroma irritante de tabaco, de mujer y de ajenjo, mientras los violines húngaros sollozan su nostalgia exasperada, las risas funambulescas de las cortesanas celebran sonoramente la Nochebuena. Por los cristales se ve el bulevar con sus tiendecillas de baratijas y bombones, con sus vendedores ambulantes y sus tenaces floristas, con toda la alegría desbandada de un pueblo de estudiantes que pasan gritando canciones obscenas, a la luz de antorchas rítmicas, seguidos por una Musa desmelenada y ebria».

Era el estilo clásico, al menos el que con mayor deleite procuraban copiar los hispano-americanos.

Pasó el tiempo. Carrillo encaneció. Probó con libros de aliento que era capaz de otros empeños artísticos. Convenciéronse poco a poco los imitadores de que aquella manera era inimitable, no sólo por lo que tenía de individual, sino porque ella res-

pondía directamente a un género de vida, a un ambiente: ¿cómo trasladar la atmósfera, el cielo, la vegetación de un clima? ¿Cómo servirnos de expresiones sin ninguna aplicación en la realidad, sin tradición ni raigambre en nuestro suelo literario? Lo que era fácil y hasta natural en Carrillo, dado su temperamento y el círculo en que se movía, resultaba grotesco en los demás. Urgía pues *crear* nuevos estados de alma, seguir la inspiración de otros maestros.

Soplaron los vientos de renovación. Surgieron los guías. Y al fin se inició, con Ventura García Calderón y algunos otros, el período que pudiéramos llamar de *retorno a la naturalidad*.

En Calderón la crónica no fué una ingenua imitación, pese a las inevitables, a las necesarias vacilaciones del comienzo de su carrera. La frivolidad que él practicaba y proclamaba, hija de un sincero horror a dogmatizar y solemnizar no debía desaparecer con la madurez, lo que prueba que su actitud interior no era puramente ocasional.

El había *sentido* la crónica antes de que esta princesa desencantada fuera manoseada—y, afeada—por los gauchos de la literatura. De ahí que hoy continúe siendo, en América, inútil de añadir España, uno de los pocos cronistas *supervivientes* cuya lectura no nos produzca la sensación de cosa pasada de moda.

Viviendo en París, y sirviéndose a diario de temas parisienses, no afrancesó su lenguaje. Léanse *Bajo el clamor de las Sirenas*, *Cantilenas*, *Semblanzas de América*, *Del Romanticismo al Modernismo*, etc., y se verá una prosa de pura fuente castiza, correcta sin arcaismos ni cervantinismos pedantes, sin penachos líricos, expresamente despojada del oropel hugoniano y de las frondosidades castelarinas. Su modelo en España pudiera ser *Fígaro*, en Francia Rosny el mayor, Anatole France o Renán. Cuando quiere ser tierno, emocionante hasta llorar por la muerte de una artista adorable(1) su prosa corre como un suspiro, vibra con una contenida melancolía de cuerda y en el momento en que nos figuramos que va a desmelenarse, a romperse de dolor y gemir inconsolable, reaparece elegante y sobria como un mármol clásico. A veces se le antoja ser irónico, acaso perverso (2) pero entonces las frases chispean como metales al sol, sin carcajadas rabelescas ni cínicos desencantos bebidos en el duque de La Rochefoucault.

Mas si el comercio espiritual con Francia no avillanó su léxico, sembrándolo de galicismos inútiles, no sería empresa de romanos reconocer, a través de su personalidad literaria, la huella profunda y sutil de un pueblo que en todo, y por sobre todo, ama la claridad, el equilibrio y la *medida*. Taine sostenía que *on no se donne pas son style, on le recoit des faits avec qui l'on est en commerce*. París ha comunicado sin duda a Calderón ese encanto que tiene su sonrisa, le ha permitido perfeccionar ese arte tan aparentemente fácil de expresar muchas ideas en pocas palabras, el don de comprensión y de perdón, la gracia exquisita de rozar la tristeza sin hacerse insoportable y de no alzar la voz cuando expone temas elevados. En todo caso París contribuyó a tornarle ecléctico, sintético y sugerente. ¿No son esos los tres elementos esenciales de la ciencia de todo cronista? La expresión de Mauricio Barrés, *el arte de vivir consiste en saberse limitar* debiera servir de divisa a los *chroniqueurs:* digamos en abono de García Calderón que él la adoptó cuando todavía la definición barresiana estaba por nacer.

Constituyendo París una altísima devoción en su vida, el *parisianismo* está lejos de ser en él una obsesión. No sostiene que el mundo empiece y acabe en el Boulevard. Mas no comprende la aversión que sienten los reaccionarios del universo por Francia: «el adulterio parece inventado allí, no porque no existiera antes de la Biblia, sino porque los únicos novelistas que leemos y lo describen, son franceses. De Sodoma y de Lesbos, que tienen sus mejores, sus más calladas provincias en Londres y Berlín, sólo sabemos lo que permite pasar, nacionalizado y elegante, con un cinismo peligroso, la criba de París. Llamamos Nanás a las prostitutas, Claudinas a las chiquillas viciosas y Señoras de Bovary a las mujeres sentimentales de todas partes que aborrecen al marido vulgar».

Esa compenetración con el alma de la ilustre ciudad, esa simpatía fraternal por la tierra artista y analítica que le podó a tiempo las exuberancias del lenguaje, sin disminuirle el amor a la belleza de la forma, tampoco amenguó en él el culto de América.

Americano, y propagandista de las grandezas de América, García Calderón lo es en grado superior. Su *propaganda* ha sido su propia existencia. Con libros admirables, con una labor sin desmayo en revistas y diarios, dió el mejor ejemplo que pudiera desearse del vigor y de la preparación mental de una raza. ¿No era ese el único desmentís que aconsejaba D. Juan Montalvo diéramos a Paw, el *grosero teutón* que escribió: la raza hispano americana es tan menguada, que jámás dará un hombre capaz de componer un libro?

Calderón no se contentó con difundir los suyos. Productor que aparte la sonrisa de la crónica sabe arrancarle a la vida cuentos, poesías, novelas, ensayos críticos, abandonó con frecuencia su trabajo para bucear en páginas de otros y extraer de ellas mieles y bellezas que ofrecer a los extraños. Y no sólo la gloria de los muertos, de Gutiérrez Nájera a Rubén, el renombre mismo de los vivos, de Chocano a Lugones, lo exaltó en conferencias, en compilaciones, en artículos de periódicos. Pudiera afirmarse que su esfuerzo de veinte años hasta obtener definitivamente la consideración y el respeto de París, lo realizó en la compañía de algún hermano continental.

Así, al trepar las gradas del renombre, aupó con él los prestigios literarios del nuevo mundo.

J. DE LA LUZ LEÓN
(Cubano).

(1) En la *Verbena de Madrid*, p. 36.
(2) En la *Verbena*, artículo sobre Jacinto Benavente.

Letras Hispano-Americanas

EL ANFORA SEDIENTA

Por RAFAEL HELIODORO VALLE
México, 1922

«La noche es como un ánfora sedienta
en que fulguran gemas silenciosas»

Así, con insinuante sutileza de artista, proclive a desdenes de hidalgo señorial, nos sugiere el autor la comprensión del título de su primoroso libro en la penúltima de sus páginas. La cual es una de las más artísticas, así por la composición interna del poema como por la simbólica profundidad del mismo. Aquí está la clave de su libro; la clave de su estética; quizás, la clave de su vida, si la vive de conformidad con la filosofía imbíbita en la segunda mitad de esta primera estrofa:

«Creo en la idea todopoderosa
que da el laurel a la melena endrina
y que en la Tierra Santa de la Espina
eleva su Jerusalem la Rosa.»

¿Hay, acaso, una más lapidaria comprensión de toda la filosofía del dolor como elemento de purificación del ser humano? ¿No es, por ventura, la imaginización, en un solo rasgo de la mayor belleza, de la vida de los grandes artistas y de todos los mártires de la Humanidad? En la combinación de lo

sacro y lo profano de esas dos líneas se ha intensificado la trascendencia de su sentido apelando a la vez al sentimiento místico sugerido por la Jerusalem de una Tierra Santa ideal y al sentimiento pagano, sensual y poético que evoca la imagen de la rosa celebrada por el poeta de Chios y por el paganismo de Catulo. ¿Por qué este poema que ofrece la clave del libro parece escondido en la penúltima página? ¡Femenina coquetería de artista! ¿Cómo decir que el libro que se os pone en las manos es como la noche: toda llena de gemas silenciosas? Y ¿cómo no decirlo, si se es sincero consigo mismo? ¿No es acaso uno de los más impúdicos agravios que puede infligirse a las letras hispanoamericanas esa falta de valor para expresar cándidamente cuanto se piensa, así de las obras como de los artistas?

Y luego el poeta sabe que sus mejores obras son un don de los dioses. Por eso siempre habló y siempre continuará hablando de obras inspiradas, al referirse a los más bellos frutos de su genio. Toda alma de artista se deleita en su obra con la cordialidad de quien admira bellas cosas ajenas, espectáculos de la Naturaleza. El enfermizo egotismo del artista comienza cuando por insensato orgullo confunde lo que es un don de los dioses con el mero esfuerzo de su ingenio.

Este soneto, *El Anfora Sedienta*, es y continuará siendo una de las más bellas joyas de la poesía hispanoamericana. Contiene un credo de artista y un credo de filósofo místico-pagano de noble estirpe.

El poeta cree en la gloria que se alcanza por el arte como un poder de atracción irresistible que evoca las fuerzas creadoras del alma; cree asimismo que tras la lucha dolorosa que demanda la revelación de todo mártir-genio viene la hora sonrosada de la luz cuando los hombres ciñen coronas de rosas y laurel sobre las cabezas que fulminaron antes con su iracunda incomprensión. Cree en la belleza femenina como expresión de la perfecta hermosura de los seres y las cosas, así como en la subordinación de las cosas a todos los seres con alas. Cree, como todos los artistas, que el relámpago genial suele surtir de la confusa niebla de emoción y de idea difundida en la caótica esfera del alma en sus instantes sagrados de creación, porque toda creación comienza con la nebulosa en cuyo seno se agita el espíritu. Por eso el poeta cree en la noche y la neblina. Sabe, asimismo, que jamás sabrá decir con claridad de mediodía lo que es apenas un crepúsculo o una aurora en el fondo de su ser. Y es esto precisamente lo que se infiltra en la obra de arte y la hace atrayente, trasceedente, evocativa. Es esta potencia de crepúsculo y de aurora lo que constituye la seducción del simbolismo en el arte.

Y su credo concluye con la declaración de que cuanto él tiene en su corazón es rosas. Esto ya no es el credo, es afirmación de esencia. Aquí está el mundo de la emoción que equilibra el mundo de la mente. La emoción no cree, ella es.

Pero su mundo de emoción no es turbulento, no crece allí la amapola de rojo tempestuoso, sino la rosa, noblemente apasionada, anacreóntica y pagana.

Un perfecto credo de artista en el cual tienen cabida los dos mundos en que él se mueve: mente y emoción.

Y este credo, discretamente disimulado hacia el fin del volumen, como que expresa la personalidad del artista, se cumple en el conjunto del libro, que es la revelación de un cabal artista por temperamento, por aspiración y por cultura.

Y ante todo, su temperamento se traduce en la visión de artista que posee. Percibe la realidad con exactitud, pero la idealiza: le impone el sello de su personalidad, como si tuviese la más rocallosa certidumbre de que la mera fotografía es un arte secundario. Su poema *Las Mariposas* está lleno de esas finas observaciones a que se habituaron sus ojos tropicales, pero la fotografía no existe. La imagen viva todo lo transforma.

Nuestra piel atigrada nació en el terciopelo

Eso es bastante para que veáis las mariposas tras que corristeis cuando contabais ocho años; ellas eran alados pensamientos de los jardines; un terciopelo era el encanto de vuestros dedos y de vuestros ojos.

En ocasiones este poder de transformar la realidad deja una extraña impresión y se pregunta uno si no habrá en este poeta un definitivo predominio de artista sobre el hombre. Si leeis su *Balada de los ojos oscuros*, que es de una exquisita delicadeza, ideal y musical, no sabríais decir si la emoción artística ha sido en el autor más poderosa que la producida por la mujer misma.

La vida de familia deja en el poeta impresiones de arte sereno y sutil, sin acentos de pasión. Tal se me ofrece en *Padre mío*, que comienza:

El es el mediodía de mis piedras preciosas:
mis carbunclos se encienden de angustia [por él;

La emoción ha trascendido todo su reino para alzarse al mundo de la imaginación. En la *Abuela Petronila*, dice el poeta:

Mi amor es junto a la losa
de la abuela dolorosa
un príncipe que solloza.

Aquí es, asimismo, evidente que la imagen artística priva sobre la emoción de dolor.

A veces el realismo se insinúa en su visión; pero entonces el artista idealiza el ambiente, como ocurre en *La Escuela de la Niña Lola*, en donde se hallará este rasgo:

Tarde de escuela bajo el aguacero:
¡rosal
de rosas de cristal
yo quiero
ver tus rosas, punzarme en tus espinas,
y caídas y pálidas las alzo.
Yo soy aquel que bajo el aguacero
cantando su canción, iba descalzo!

Estos dos últimos versos contienen todo un bello fragmento de adolescencia del poeta, os explicáis su amor por el agua, tan de manifiesto en toda su poesía. La imagen vitaliza la expresión de su realismo. Es ella, precisamente, la que idealiza la realidad de su mundo.

Por tu leyenda pasan mis reyes peregrinos.

Dice el poeta y al punto proyectáis hacia un pasado indeciso—el pasado de lo que fué real y ahora es poético—un amor de ensueño, una vida de mujer que es como la atmósfera donde respiran nuestros ideales en viaje de reyes peregrinos.

¡Que tremendo sería
si se tronchara el cáliz azulado del día!

Y veis la flor maravillosa de la luz universal, abierta hacia el azul de los cielos—y os imagináis lo tremendo que sería ver cayendo la infinita corola de tal flor cerúlea.

En vuestros finos dedos se ha enredado la [sombra

dicen las mariposas crepusculares y miráis las madejas de la noche desarrollándose en torno de las alas frágiles.

Una joven se dispone a desposarse. El poeta dice:

En el temblor de gracia de mis jardines, veo
que se rasga un naciente botón primaveral,
y que en el aire prende su más fino deseo,
como sobre un encaje, siringa nupcial.

¿No es esta, acaso, una muy sutil manera de ofreceros una visión de su memoria donde son botones por abrirse los recuerdos de las mujeres jóvenes

que ha conocido? Y ahí, en el jardín de su memoria, se hace rosa un botón: es una doncella que se desposa. Y la pánica siringa se oye tejiendo en el aire sus melódicos encajes, la marcha nupcial.

La semblanza del poeta *Molina* es de una sorprendente exactitud, sin ser fotografía: es una creación llena de fuerza y de relieve. Aun no habiendo conocido a Molina allí se lé tiene de cuerpo entero. Su actitud de grande de España, su palabra animada, su temperamento de amante y de soñador, la fulguración de su talento, su condición de poeta y de batallador, su independencia y su gentileza. Nada falta para caracterizar al malogrado poeta Molina. Ni se puede olvidar la ternura de la última estrofa de *Casona de mi Infancia*

¡Al apagarse el último fulgor crepuscular
mis recuerdos cual niños se ponen a llorar!

Por donde quiera estas imágenes animan las páginas del libro. Es natural que desprendidas estas imágenes del conjunto del poema a que pertenecen pierden gran parte de su valor artístico. Es algo que el crítico no tiene derecho a hacer, si no es con gran reserva y moderación. Razón por la cual he debido ser parco en las citas comprobatorias.

El sentido musical de este artista alcanza una rara perfección que recuerda en los ritmos nuevos la de Darío, y en los ritmos octosilábicos aquel casi olvidado músico de palabra arpada que se llamó José Joaquín Palma, hijo de Cuba. Al punto de que a las veces priva la emoción melódica sobre la imagen y el sentido. En otras palabras, el autor parece haberse propuesto producir un efecto emotivo mediante la música de la palabra más bien que mediante su acepción. Tal he sentido leyendo la tercera estrofa de *Extasis humilde* casi toda compuesta de disílabos melódicos. Efectos semejantes ha alcanzado en otras varias de sus poesías como *Presentida*. La música de sus décimas en el *Balcón de la novia* y *Jazminez del Cabo* dejan ver cuán bien maneja estas combinaciones que sólo por excepción han usado los modernistas hispano-americanos. Es esto decir que con su buen sentido de diestro artista no ha creído que para ser muy siglo veinteno había de desdeñar ritmos y estancias que fueron encanto del pasado y que tienen sólido fundamento en la esencia misma de la prosodia española.

En toda la obra de este poeta descúbrese la facilidad ingénita para percibir la melodía de la expresión. De no haber poseído la oportunidad de desenvolver sus raras dotes de artista refinado habría sido el payador, el juglar preclásico o el trovador andante. Su verso es siempre fluido, aún allí donde, como en *A una incógnita*, se propone el poeta que uno experimente una sensación de distancia ideal y hace uso de palabras griegas, no frecuentes en la lengua y que a él le sirven a maravilla en ese poema para dejarnos la emoción de la lejanía y del exotismo.

El poeta Valle aparece en varias de sus composiciones con un tinte místico que le presta cierta semejanza con los poetas franceses del grupo de Verlaine. Puede que ese misticismo exista; pero en su obra cuanto aparece es la ceremonial pompa de los ritos de la iglesia: áureos fulgores de custodias y de cálices, y patenas, y casullas, y estolas; azules, morados, rojos de ventanales. Esto es lo que se halla en el fondo de sus recuerdos. Leyendo los títulos de sus poesías veréis mirras, incensarios, antífonas, teologías, angelus, navidad, holocausto; pero la esencia del pensamiento místico no está allí. Su alma es pagana, como la de tantos hombres de letras de nuestro continente, mejor diría, de nuestra sediciente civilización cristiana. Sólo que ese paganismo es un regreso, no la partida que contemplamos en Hesiodo, y está, por tanto, como impregnado de los aromas de los senderos cristianos que ha habido necesidad de recorrer para ese retorno al paganismo.

Creo que se es siempre pagano cuando se posee una amplia concepción de la belleza y del arte. Este es el caso de Rafael Heliodoro Valle. Al revés de otros poetas él no quema sahumerios en la atmósfera pura de las colinas. Para él es el arte un fin en sí mismo y no un vehículo de transporte de las doctrinas. El no embalsama sus poemas con redención social. Los crea nítidos y serenos. A él le basta saber que da morada en su conciencia de artista a los perfumes del mundo quemados al amor del fuego en los incensarios de sus sentidos.

Y no se le escapa, sin embargo, lo humano que sabe percibir con sutilidad que es más que sutileza, como cuando refiriéndose a una niña dice de ella que «es tan triste como ciertos espejos que aumentan la tristeza de los salones»; o cuando escribe:

Amor que apenas asoma
en el aire del Amor,
se diría una paloma
que nace sobre un aroma
y muere sobre un color.

O cuando en la misma *Presentida*, dice:

Dora el banco de las citas
el sol de aquellos retiros
que deshoja exquisitas
nostalgias de margaritas
sobre adioses y suspiros.

Donde la delicadeza hace pensar en Samain. El cuarto verso que he subrayado es de una felicidad extrema. Esa nostalgia evoca las ausencias de los amantes durante las cuales las margaritas experimentan la melancolía de las manos que interrogan deshojando.

Igualmente afortunados son sus epítetos que suelen ser de una belleza hechicera, como cuando escribe:

Amo el tisú de la sirena
y su pupila *mineral*.

O como cuando las mariposas dicen del hueco de la fronda que es su «casa hogareña» o llama «labriegas» a las palomas que en abril se arrullan y se quejan o cuando llama *legendaria* la hora crepuscular en que el viajero pide el abrigo de un alero o la linterna que le alumbre el camino. Afortunados hallazgos de expresión que ensalzan su temperamento de artista.

Si habéis leído *Les Lettres de jeunesse* de Charles Louis Philippe comprenderéis bien cómo un corazón de hombre joven embellecido por el entusiasmo ama a sus amigos; apreciaréis entonces la declaración de que este poeta sabe amar a sus amigos con esa generosidad que sólo es dable en almas bien nacidas. Su poema *Unda y Fuentes* traduce tal generosidad:

Hoy, al pensarlo, mi cariño
sale a su encuentro como un niño
lleno de sonrisas la faz;
soy un jardín bajo su planta;
me aprieta un nudo la garganta
y no puedo decirle más...

Este rico y caluroso sentimiento de amistad fué siempre el más excelente don de los dioses. Aparece en toda la historia de la raza de los Arias como una de las grandes perfecciones del sér humano. En la guerra, en la paz, en el amor, en el servicio de las deidades y del Estado la amistad leal y afectuosa ha sido un ornamento de la especie humana. Es, pues, evidente que en el caso del poeta Valle se tiene además de un artista delicado y sutil, un hombre de corazón efusivo. Lo que dió al genio de José Martí su singular encanto: su poder de amar a sus amigos hasta sentir «el nudo en la garganta».

Este don de amar explicará el cosmopolitismo de las influencias literarias que se transparentan en su obra. Veo alguno que otro reflejo de las fulguraciones bíblicas, un mucho de renacentismo y un mucho más de modernismo franco-hispano americano. Pero no hay aquí geológicas estratificaciones, sino fusión de los diversos elementos, como ocurre en los bronces corintios con los metales que les componen. Y sería sin mayor significación artística señalar aquí y allí rasgos similares en los poetas franceses o en los sudamericanos. Una cosmocom-

prensión de la cultura impone la aceptación de aquellas formas que mejor responden a nuestra sensibilidad, y aun las formas que por entero nos pertenecen guardan los vestigios de aquellas lejanas infiltraciones que contribuyeron a la fertilización de nuestra actividad creadora. Las imitaciones son también creaciones, pues que no imitamos sino cuando se agitan dentro de nosotros impulsos similares o paralelos de creación y sentimos que poseemos los mismos materiales que el original. Por otra parte, la organización misma de la inteligencia humana que, a su vez, moldea la lengua, impone la asociación de las palabras sobre las líneas de fuerza de las asociaciones de ideas. Esperar una permanente, absoluta novedad en el culto escritor de nuestro tiempo es rebasar los límites de toda posibilidad. Las afinidades electivas con fundamento en la similar evolución de grupos de seres humanos explicaría no ya sólo aquellas atracciones del sentimiento amoroso en todas las formas en que aparece, sino también las seducciones intelectuales que unos entendimientos ejercen sobre los otros. Las afinidades electivas constituyen una ley de creación más profunda de lo que se cree. Ellas están en el fondo de todas las escuelas literarias o artísticas o filosóficas. Sin la presencia de tales afinidades no podríamos esperar el triunfo de una idea ni la apoteosis del héroe ni del artista. Es precisamente lo que en nosotros hay de heroico lo que prende fuego a la vista de las acciones heroicas; es lo que en nosotros hay de sensitivo ante ciertas formas de la naturaleza o determinadas expresiones de arte lo que nos permite la admiración de ellas y su reproducción dentro de nosotros. Por eso digo que imitar es también crear. Y como original conjunto de creaciones he contemplado el libro. A cada instante da uno con sus visiones personales, con sus gemas elocuentes a fuerza de querer fulgurar en el silencio. Es musical toda fulguración intensa. Y ya me he referido a la facilidad de sus ritmos que da a sus versos fluidez de manantial en colina, todo lleno de armónicos cristales y transparencias irizadas. La lengua fluye aquí de preferencia por los viejos cauces clásicos, mas con aquella frescura y agilidad que os hacen pensar en un modernismo a ultranza.

El modernismo está en la imagen, en el atrevimiento de las nuevas asociaciones de ideas, en la exquisitez de los efectos artísticos, en la abundancia de recursos para producirlos.

Es también modernista en la composición. Esto es, Valle ha solido descuidar la composición.

En Hispano América el arte modernista ha estado viviendo a golpes de genio. Los relámpagos de inspiración, los versos o las estancias felices se han sustituido, con frecuencia que es a un mismo tiempo venturosa y desgraciada, al arte de componer. La cual ya va siendo casi una arte olvidada.

El modernismo se rebeló contra la tradición de la retórica y poética aristotélicas; pero no pudo ni podría nunca rebelarse contra los fundamentos mismos del arte, que no existe sin la composición. Pretender que toda composición literaria ha de ser necesariamente lógica es establecer una negación de bronce a las más etéreas formas del arte. Las emociones tienen, como las pasiones, un intenso proceso de desarrollo que constituye sólida base de composición literaria y de igual manera, por el hecho de ser la lengua un instrumento musical, la mera combinación armónica de los sonidos puede, como en la música, construir una bella obra de arte que hablará a nuestro sentimiento como nos habla la flauta o como nos mueve a deleite la bella voz humana expresándose dulcemente en una lengua que no conocemos: por el simple encanto de la música de las palabras. Pero no creo que todos estos efectos de arte sean alcanzables sin una euritmica distribución de los elementos que es lo que yo entiendo por el arte de componer. Libre sea el artista de hacer intervenir todos estos recursos en la composición de su poema, de conformidad con las exigencias de su genio o de su emoción o de su gusto de la hora; pero exijámosle que no deje de ser artista nunca. El procedimiento que Poe describe en su *Filosofía de la composición* es demasiado personal, quizás demasiado algebraico para satisfacer a todos los artistas; pero difícilmente se hallaría alguno que discutiese el principio de que todo poema se propone producir un efecto de belleza, esto es, una elevación del alma.

Ahora bien, lo que llamo arte de componer consiste en la rítmica distribución del conjunto del poema para producir tal efecto de belleza, tal elevación del alma. ¿Qué proceso ha seguido el poeta? ¿Diéronle las Musas concluido y perfecto el poema? ¿Es el final resultado de una labor de lógica? ¿Es sencillamente una emoción que se desenvuelve como una hoja de plátano que se abre? ¡Qué importa! Si un efecto de belleza nos produce el poema, como conjunto, allí tenemos la obra de arte, que es cuanto deseábamos.

Vimos ya cómo aquel bello poema *El ánfora sedienta* es una singular obra de composición. Su último verso, que expresa tantas cosas al final del poema, le ha servido de título para otra poesía, *Lo que yo tengo es rosas*. Aquí está uno de esos casos de falta de composición en que tanto el poeta como el lector suelen hallar juztificado el poema si en él chispean algunas gemas de feliz expresión como acontece aquí. Más allá de la primera estancia endonde queda legitimado el título, no se percibe la unidad de la emoción, no se adivina el secreto enlace que debió de existir en la conciencia del poeta en el instante de la concepción. En toda la poesía hay cosas espirituales y vivas, pero la sutil cadena que debería atar las cuatro estrofas se volatilizó por carencia de composición. Yo he proyectado sobre esa poesía la sombra de una atadura llamándola con otro título *La vida se deshoja*, palabras con que concluye la última estancia. Pero con ello sólo he disimulado la ausencia del hilo que hubo de enhebrarlas. Y es modelo de composición lógica en ese libro *Casona de mi infancia* y ejemplo de composición emotiva, más que lógica, *Sus ojos*. Ya había señalado en la tercera estrofa de *Extasis humilde* un caso de composición musical.

Rafael Heliodoro Valle es un artista no ligado por el pensamiento ni por el anhelo a ninguna región de Centro América endonde tiene su patria. Cosmopolita por su educación literaria es, como Rubén Darío, un cultivador del arte sin fronteras. Su flor predilecta es como para Anacreonte, la rosa, pagana con los helenos, y con los rosacruces, mística.

Será eminente su sitio en las letras hispano-americanas por esta bella labor realizada endonde arde una llama fiel de arte puro.

R. BRENES MESÉN.

Syracuse University, abril de 1923.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Noticiario

(1923)

En el Palace de Madrid y en la noche del 3 de mayo pasado, se dió un banquete en honor del genial caricaturista español BAGARÍA. Por el número y calidad de los comensales—por ahí de 250—el dicho banquete fué un homenaje nacional. La lista de adhesiones fué inacabable.

Dijo entonces Ortega y Gasset:

«Don José Ortega y Gasset se levanta a hablar, dice, en nombre de su chaqué. Chaqué con que Bagaría le ha caricaturizado y que él no ha tenido nunca. Ese chaqué, como otras prendas con que Bagaría ha vestido a sus caricaturizados, serán con las que ha de aparecer ante las generaciones futuras todas las personas que, más o menos, han dado que hablar en la vida contemporánea de España; porque contra el lápiz de Bagaría no hay más remedio que someterse.

El perfil con que Bagaría los pinte será el que quedará, y no el que ellos tengan. En esto consiste el secreto de todo artista que lo sea de veras: en descubrir una nueva fauna. Así como Miguel Angel, bajo las figuras de sus héroes gigantescos dejaba entrever ciertos aspectos bestiales del hombre, como de sátiro o fauno capriforme—de donde vino la palabra «caprichoso»—, y el Greco pintó una fauna de angeloides, Bagaría ha poblado sus dibujos de una fauna peculiar, que está definida desde hace mucho tiempo. Una vez, su madre le dijo. «Pero ¿cómo quieres ganarte la vida pintando esos caracolitos?» Y, en efecto, todos los caricaturizados por él quedarán envueltos en las espirales de esta fauna de caracolitos.

CUARTILLAS DE BAGARIA

«Amigos míos: Gracias, muchas gracias, por la bondad que habéis tenido al sentarme en este sitio preferente. Yo, como sabéis, no soy muy amigo de los banquetes; es más, soy enemigo de esta clase de fiestas que cien veces he pretendido criticar con mi lápiz. Pero la vida está llena de contrasentidos; y por uno de ellos estoy en estos instantes bajo la impresión más satisfactoria, bajo el influjo de una vanidad satisfecha; estoy, acaso, en el momento más dichoso de mi vida, gracias psecisamente a un banquete. Y es que ¡quién no tiene su dosis más o menos pequeña de vanidad! Hombre al fin, tengo que sentir, ante un acto como este, una agradable caricia a la vanidad, esa diosa que convierte por un momento al insignificante en hombre grande, aunque por desgracia esa grandeza termine cuando la digestión acaba y torna uno a su verdadero ser. Yo, mañana, por muy alto que me sienta en este momento, estaré otra vez al borde de la charca haciendo caricaturas. Podéis creer que el único orgullo que hasta hoy había sentido era el de haber puesto mi troglodítico lápiz al servicio de los justos; mis caracoles han llorado más de una vez al contemplar las injusticias, y su espiral se alargaba hasta el cielo en fuerte ademán de protesta. Todo artista debe poner su arte al servicio de la humanidad, debe reir o llorar con ella. Si me lo permitís, diré que el arte por el arte es una especie de vicio solitario.

Al daros las gracias me he olvidado de rendir otro tributo de gratitud: me refiero a Madrid, a ese incomparable Madrid, amable acogedor de todo esfuerzo. Su espíritu afectuoso me hizo adivinar desde el primer momento que yo viviría y moriría en Madrid. Llegué aquí hace once años para pasar quince días, y ya veis que no llevo trazas de hacer las maletas; y sobre todo, después de esta demostración, que os confieso que me ha sorprendido; no sospechaba yo que un acto en mi honor habría de reunir a tantos y tantos amigos...

Y como entre amigos estoy, voy a evocar un recuerdo para mí muy íntimo. Cuando yo comenzaba mi carrera de caricaturista, al recibir mi madre las primeras pesetas que mis caricaturas me produjeron, muy escasas por cierto, puso un gesto mezcla de incredulidad y asombro, y me dijo con su sinceridad de mujer sencilla: «Pues, hijo mío, no me explico cómo te pueden dar dinero por hacer esos caracoles». Hoy, al cabo de los años, mi madre encontrará la respuesta a su incredulidad; ahora le podré decir que aquellos caracoles, no sólo eran productivos económicamente, sino que me han proporcionado el honor más grande a que yo podía aspirar; mis caracoles acaso nada signifiquen en la historia del arte; pero han logrado reunir en torno mío tantos afectos, tan numerosos amigos..., que ella cuando lo sepa, sentirá primero una sorpresa como la que sufrió hace años, y luego una alegría que bastaría por sí sola para compensarme de cuanto bueno haya podido hacer en mi vida. Gracias por ella. Señores, muchas gracias».

En casa del caricaturista,

Por Bagaría.



—Papá, ¿por qué no le dices a D. Millán (1) que no se vaya?

—Es verdad, hijos míos. ¿Quién me proporcionará ahora tantos asuntos como él para mis dibujos? ¡Tendremos que suprimir el postre!

(*El Sol*, Madrid)

(1) Ex-Director General de Seguridad y en Madrid.

EL GENIO CÓMICO DE BAGARIA

Si un banquete suele ser un honor que los comensales rinden al agasajado, el que esta noche daremos a Bagaría es más bien un honor que él nos hace autorizándonos a ofrecérselo. Hace algún tiempo nos dijo a sus amigos: «Yo creo que ya es hora de que me den un banquete». En otro, tal declaración hubiera sonado a petulancia o impertinencia, y hubiera movido a indignación o risa. En Bagaría, nos dejó pensativos. Quería decir, sin duda, que, en su opinión, ya empezaba a haber en Madrid una centena o dos de personas—concurrencia media de los banquetes—capaces de entender su arte.

Mucho se discute estos días del uso y abuso de los banquetes; pero siempre tendrán estos actos para el psicólogo social un valor clasificativo, pues cada uno revela quiénes son las cien o doscientas personas que asumen el espíritu del banqueteado. De este modo, al cabo del año, podemos averiguar quiénes son los cien tontos (acaso muchos más), los cien arribistas, los cien sabios (éstos ya son muchos), los cien artistas (también es excesivo el número), los cien jus-

tos, los cien pícaros más caracterizados, según representen una modalidad u otra los hombres a quienes se banquetea. Comprendo que el amigo Benlliure y compañeros de la Liga antibanquetista anatematicen contra los banquetes; pero ya han declarado que no es del banquete en sí de lo que abominan, sino de la posible compañía con el necio, el trapisondista, el megalómano, el despechado, el hombre vulgar y otras mil especies enojosas que integran las sociedades humanas. No será de ese linaje el banquete de esta noche, porque los admiradores de Bagaría tienen que ser, ante todo personas inteligentes, es decir, personas sensibles al talento y la justicia. Más que un homenaje a Bagaría, el banquete será, pues, un homenaje de los comensales a sí mismos, una afirmación de inteligencia, por lo que todos hemos de agradecerle que haya querido poner a sanción, con este acto, más que su talento, el nuestro. Tanto como para él, el honor para nosotros. En lo que se equivoca es en suponer que son pocos sus admiradores; esto es, los inteligentes. Muchos no irán por cortedad de carácter o de medios; pero si fueran cuantos le admiran, no cabrían en todos los salones del Palace.

Dice Meredith que «una prueba excelente de la civilización de un país es el florecimiento de la idea cómica y de la comedia, y la prueba de la verdadera comedia es que ha de despertar una risa reflexiva». En este sentido, España es uno de los países menos civilizados del mundo, si se le juzga por sus actuales creaciones cómicas. Probablemente el pueblo español es uno de los más sensibles al espíritu cómico y uno de sus más finos y fecundos creadores espontáneos. En pocos países la gracia popular es tan sutil y honda, tan humana y justiciera. Y, sin embargo, nada hay tan opuesto a esa fuente perenne de nativa comicidad como el arte actual español, precisamente en una época en que más abunda. Los teatros, singularmente, apenas hacen sino obras que se titulan comedias, pero rarísima vez se representa una auténtica comedia. El ingenio y el humor han degenerado en juegos mecánicos de palabras y en situaciones y personajes de espíritu tan local o anodino, que nada de común tienen con nosotros, con el mundo de ideas y sentimientos, ya eternos, ya transitorios, que cada hombre lleva a cuestas. Pocas cosas hay tan tristes como las producciones de los autores cómicos españoles de nuestro tiempo.

Esta es la mayor deuda que tenemos con Bagaría: que está contribuyendo, como pocos, a despertar el verdadero espíritu cómico, a civilizarnos. «La risa de la sátira—dice Meredith en su *Ensayo sobre la comedia*—es un golpe en la espalda o en el rostro. La risa de la comedia es impersonal y de sin par cortesía, más cerca de la sonrisa; a menudo, no más que una sonrisa. Ríe a través de la inteligencia, pues es la inteligencia quien la dirige, y puede llamársela el humor de la inteligencia». Bagaría rara vez es satírico; ridiculiza sin herir, casi con amor; por eso las víctimas de su genio caricaturesco nunca se ofenden, a poco inteligentes que sean, y son las primeras en celebrarlo.

Pero su arte es algo más que un episodio cómico; más bien es la mejor crítica del mundo contemporáneo. Es, sobre todo, historia, hermenéutica para comprenderla. La gracia de Bagaría reside en su trágica seriedad. Es un hombre fundamentalmente trágico. Su tragedia es la misma de Rousseau: su gran dolor es que el hombre saliera del estado de naturaleza. No juzga las cosas conforme a una doctrina de partido, de secta, de moral colectiva, sino poniéndose en el punto de vista del hombre primitivo. Durante la guerra no fué, en el fondo, ni aliadófilo ni germanófilo, sino belófobo, enemigo de la guerra, y su mejor creación, por ser la más íntima, la más suya, es aquella de la selva poblada de fieras inocentes que echan a correr al grito de: «¡Que viene el hombre!»; luego repetida con frecuencia, como un *ritornello*, como la base ideológica de su «Weltanschaung». Ese odio suyo a la guerra se enlaza probablemente con su horror a la muerte, que le hace llorar a la hora del alba, en el rincón de alguna cervecería, y le sugiere sombrías especulaciones trascendentes; a esa hora en que hay que abandonarle ya, porque su tragedia, expresada en trágico, al modo del muy querido Unamuno, con quien tiene tantas afinidades psicológicas, se hace en él terriblemente fastidiosa; su tragedia exige la máscara cómica, y eso es lo fuerte y duradero de su personalidad. De él hay que decir lo que Goethe de Byron: «Tan pronto como reflexiona, es un niño».

Si el mundo moderno le parece una decadencia, piénsese lo que le parecerá España, que es en sí un simulacro o caricatura de ese mundo. Es su obra uno de los mejores documentos para interpretar la actual historia de España. No hay dibujo suyo donde no palpite una fuerte emoción ética, unas veces nacional, otras simplemente humana.

No es su retina uno de esos espejos curvos que deforman las imágenes de las cosas sin animarlas de ningún sentimiento, de ninguna pasión, de ninguna valoración afectiva o moral. Está siempre en lo categórico, pocas veces en lo puramente anecdótico. Es el mejor espejo espiritual de la España contemporánea; pero en vez de querer romperlo—aunque tampoco piense nadie en arrojar la cara—, nos disponemos a darle un banquete. Este raro milagro se debe sólo a su genio verdaderamente cómico, molieresco, humano y profundo, que ridiculiza sin llegar a hacer sangre. Honrémonos honrándole.

LUIS ARAQUISTAIN

Sitios

EL CONVENTO DE GUADALUPE, EN ZACATECAS

Es una tarde gris como esa tarde
en que fuimos a ver, en Zacatecas,
el Convento a la Virgen... Hojas secas
y versos de Ramón López Velarde...

Ibamos cinco amigos. En el pecho
nos ardía una llama silenciosa.
La luna se rizaba en el barbecho
y la carreta inmóvil de la Osa
en un campo estelar se detenía...
Con la noche invernal, una harmonía
tímida y juvenil nos encendía,
y el corazón tranquilo de la patria
junto con los luceros se entreabría...

Era una tarde gris, como esta: un suave
movimiento agitaba la agonía
de las últimas hojas... Sólo un ave
cantaba su elegía,
y el corazón romántico partía
para ese viaje, que jamás se sabe
si de él se puede regresar un día...

Sitios de mi país, a veces pienso
que os amo a todos con igual cariño,
pero, como en el libro en que, de niño,
veía las imágenes del mundo,
hay páginas tranquilas que prefiero
y ese convento azul, y ese profundo
hálito de la noche de febrero
en que lo ví, bajo la luna sola,
me arrastran en el fleco de una ola
de poesía agreste y solitaria
que hasta el mismo paisaje lo aureola
con un nimbo de incienso y de plegaria...

JAIME TORRES BODET

México, D. F.

Una carta de Unamuno

Sr. D. Ramón Gómez de la Serna.

No sabe usted bien, mi querido Ramón, cuánto siento no poder, más bien no deber ir a estar corporalmente presente—de cuerpo presente—en ese banquete a nuestro Bagaría. Y nosotros de él, puesto que en mucha y buena parte nos ha hecho. Yo al menos le debo lo más—acaso lo mejor—de mi leyenda gráfica. Mi alejamiento material de ese acto medra y ahonda mi presencia espiritual en él. Y como testimonio allá van estas letras, que es como ir yo mismo, lo duradero de mí.

¿Y qué decirles? En estos días turbios, de crepúsculo de alba más que de tarde, pre-natales- o pre-renacentistas—me es costoso recoger mis intuiciones y mis ideas dispersas. Y por eso quiero enfocarlas por la visión que con su estilo me ha dado Bagaría. Que me ha hecho ver en nuestra *verbeneante* humanidad españpola una trágica *felidad*. Trágica y fétida, pues las caricaturas bagarianas huelen a hedor trágico. Nos ha enseñado a mirarnos y a vernos. A vernos como fetos, y más que fetos pre natales fetos postmortales. Esas figuras son fetos y sus vestidos son vestidos fetales. Están vestidas de secundinas. Que es la más terrible desnudez. Y parecen envueltas en una placenta. A mí me sugieren fatídicas aprensiones de retro-vida. Diríase que viven en un mundo que va del porvenir al pasado, en un mundo parasitario. Antes ví en el mundo de Bagaría—pues Bagaría, como todo el que tiene estilo, ha creado un mundo—una humani

dad de insectos, de articulados, de hombres himenópteros; pero hoy veo más una españolidad fetal. Y me parece oler al alcohol del museo de obstetricia. Y ello me entristece, pero con la tristeza purgadora de la *cátharsis* aristotélica. Tristeza que se me serena al pensar si habrá para estos fetos, si habrá para nosotros todos, ¡pobrecillos!, un re-nacimiento.

Por lo que hace a mí—¿y por qué no he de hablar del feto que más a mi alcance tengo?—, las caricaturas que de mí ha hecho Bagaría, el Unamuno bagariano, ha influído en mi visión del Unamuno unamuniano, y desde luego en la de mi Bagaría. Como hace tiempo me preocupan la lechuza de Minerva, que ve en lo oscuro y no en lo claro, que ve en las tinieblas con ojos científicos, y el águila de San Juan, que ve en lo claro y no en lo oscuro, que ve en el Sol con ojos místicos, pienso en si hay un águila-lechuza o lechuza-águila, u otra ave, que ve en la Luna con ojos humorísticos, que mira a la Luna por si inventa lo que nos oculta en su espalda, en la cara que no da a la tierra. Y he pensado en esa aguilechuza o lechuzáguila lunática mirándome en ese espejo que me ha inventado Bagaría.

¡Y aquella flor que brota del ojo vacío de una calavera, en la última versión de mi caricatura en que me parió de Hamlet fetal de esta España en que huele hoy a mucho más podrido que olía en Dinamarca!... ¡Porque para fétido el ojo de la Fatalidad!

Escribo esto hoy, 30 de abril, al siguiente día de las elecciones caricaturescas, la víspera del 1º de Mayo y la antevíspera del 2 de Mayo, en que hace cuarenta y nueve años nací, en mi Bilbao, a la conciencia de la Historia. Y no les choque nada que en estas meditaciones sobre el arte, sobre el estilo, sobre el mundo de nuestro Bagaría, mezcle estas visiones de nuestra historia vivida. Cuando un arte, cuando un estilo, cuando un mundo no se ven ni se sienten en la historia palpitante y dolorida del presente, no son más que arqueología. El arte bagariano no es arqueológico. Sus fetos no son todavía, a pesar de lo que antes le he dicho, de frasco de alcohol en museo obstetrícico. Son fetos que sufren, que lloran. ¡Y hay que pensar lo que es el llanto, lo que es el dolor dentro del útero materno! ¡El dolor pre-natal! ¡El Dante no vió cosa tal en su Infierno! ¿Qué dirá a esto Maeztu, que tan grande propaganda le está haciendo al pecado original? Para teólogo, y teólogo jansenista, nuestro Bagaría.

Y nada más.

¡Ah, sí! Dentro de esta placenta de España en que soñamos la pesadilla de la vida que repasa, un abrazo, un dolorido abrazo de comunión intra-uterina, a todos los que en ese banquete van, sépanlo o no, a hacer examen de conciencia del pecado original, causa de redención. Y por usted, mi buen amigo, un fuerte abrazo—dejando la florida calavera—a Bagaría.

¡Hasta ahora!

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, 30.—IV.—1923.

LOS VERSOS DE EDUARDO MARQUINA

A LUIS BAGARÍA.

En la red de trazos geniales,
parabólicos o esferoidales,
que tu Ironía
va a buscar a los arrabales
de la pura geometría;
en tu red caza-mariposas,
fina, a veces, como la espuma,
y otras, rígida como alambrada,
has logrado encerrar todas las cosas
que antes solía enaltecer la pluma,
o que, hasta ayer, rectificó la espada.

Quiero decir
que en la clara escritura
de tu caricatura,
vemos parejos coexistir
el anhelo y la indignación;
que condenas, pero que admiras,
que en el agua de tu cangilón
hay cielo azul; que tus iras
no las fragua el hígado, sino el corazón,
y que no te retiras
del tribunal en donde tu razón
enjuicia y escarmienta las mentiras,
¡sin un gesto de afirmación!

Quiero decir que en el panorama
donde, todo, tu humor lo satiriza,
conservas el dibujo de la llama
sobre el fofo montón de la ceniza.

De la envoltura carnal
de conspicuos varones
pones al descubierto la amalgama bestial,
trazando curvas para digestiones,
sobre un candor ingenuo de pezuña animal;
y en cambio, inicias reivindicaciones
de hondos instintos materiales
y humanizas las expresiones
de tus animales,
cuando, en finos hocicos o belfos sensuales,
benévolamente dispones,
prendiéndola en los dientes, aspas siderales,
una risa de constelaciones...

Y unas veces es el temblor
de un íntimo espasmo de amor
que idealiza a una lombriz,
y otras veces, en una nariz,
es la vírgula de una flor.

Bagaría, cortaste el hilo
de autómatas omnipotentes;
cayeron al filo
de tu lápiz, las indigentes
ambiciones de muchas gentes
pero has inventado un estilo
de coronas para algunas frentes.

Has marcado los sepulcros blancos
de los fariseos
con una cruz: «cuidado, peligro de infección»;
y, partiendo de un golpe los zancos
de muchos gigantes pigmeos,
les has puesto en sus pies sin previa [indicación.

Pero ágil atrapamoscas,
que en el temblor de tu telaraña
te ríes de la víctima que encapuzas y [enroscas,
no has visto jamás, en el suelo de España
apuntar una flor, ni pasar por él
rama de almendro en mano extranjera,
sin darle culto o sin libar su miel,
abeja fina, en tu fervor de cera.

Bagaría: de los oprobios
injustos de una omisión,
que no excusaban agobios
de tiempo ni lagunas de clasificación,
—gérmenes de vidas futuras y novios
de la disolución—
has libertado a los microbios;
gracias te sean dadas por la reparación.

Los hiciste tan vivos,
de rostros tan expresivos,
y, entrando en su enjambre,
les diste una emoción tan delicada
a sus tenues dejadeces de hada
y a sus vibrátiles cuerpos de alambre,
que eternamente ya perdurarán impresos
en la memoria, como tú los creas:
—yo creo que las ideas
son una cosa así dentro de nuestros sesos...

Bagaría, juez y profeta
de maldición y de imprecación
fuiste también; y llegando a la meta
ideal y real de tu acción,
mostraste el esqueleto bajo la careta
de la España de pandereta,
y le impusiste un responso al bordón.

—Paisano: en la Rambla, un día
cuando nadie te conocía,
sencillo, ardiente, humano y llano,
porque yo no sé qué te decía
de ideas o de poesía,
me gritaste: —«¡Venga esa mano!»

Hoy, mundial y casi mundano,
todos te rinden pleitesía;
tu obra es, a tus plantas, paisano,
pedestal de tu jerarquía,
y ardiente, bueno, humano y llano,
tú eres el mismo Bagaría...
Por las ideas y la poesía,
como entonces, «¡Venga esa mano!»

EDUARDO MARQUINA.

(*El Sol*, Madrid).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica